

Color amarillo-rojizo, símbolo de la sequedad.  
Azul del cielo a veces marrón.



**E**l negro, el marrón y los colores oscuros en general, se acomodan a los cuerpos

## El color de la temporada

Se han consumido los primeros días del mes de octubre. La vendimia este año ha sido corta y en muchos sitios no ha comenzado por culpa de esa enfermedad de la vid que los técnicos llaman mildiu. Lo que sí hay —porque eso para bien de todos no hay quien acabe con ello— será besana y después sementera. Una sementera que parece que será productiva porque comienzan a aparecer las primeras gotas de un otoño que se resisten a ocupar su plaza y momentáneamente se ha convertido en el larguillo “verano de San Miguel”.

Sin apenas darnos cuenta, será por aquello de que los rigores del calor no han decrecido, hemos cambiado de estación. Hemos pasado del color amarillo-rojizo, símbolo de sequedad, a otro mucho más fuerte. En los campos se observan otras tonalidades. El verde parece que comienza a dominar en el suelo, mientras que el azul del cielo se torna en ocasiones en negro o marrón azulado.

Si hace algún tiempo el traje de baño dejó de ser compañero de viaje de esta Comunidad Autónoma, ahora comienzan a desaparecer de la escena los atrevidos modelitos veraniegos de las féminas y las camisas de manga corta.

Paulatinamente nos vamos abrigando y los colores claros de las prendas típicamente veraniegas dejan su puesto a colores duros y más acordes con la estación de la que disfrutamos.

El negro, el marrón y los colores oscuros en general se acomodan a los cuerpos. Unos cuerpos que deben de ir más abrigados para protegerse de ese frescor —porque aún no ha llegado el frío— que aparece cuando los árboles no son capaces de mantener las hojas y los parques son escenarios perfectos para “fabricar” alfombras de éstas.

Los días se van acortando; la noche recorta alas a una jornada que intenta hacer sobrevivir lo más posible al sol. Pero la oscuridad —otra vez el color— atenaza lo imposible para que la bella luna luzca más que un sol que se ha comportado de una forma abrasadora en la pasada época estival.

La bajada de temperaturas y la ausencia de estos rayos de sol a última hora de la tarde hace que la gente se convierta en más hogareña. Es el tiempo para el estudio, la lectura, la televisión y para la familia en sí. El tiempo de ocio parece concentrarse en los fines de semana. Es, por así decir, el tiempo de las “sopitas y el buen vino”.

Y es que el tipo de comida y bebida varía también en esta época. Atrás quedan esas bebidas refrescantes, combinaciones típicas de un tiempo que se fue y en el que predominaban las bebidas afrutadas y cargadas de hielo. Ahora es el tiempo para las bebidas secas y más fuertes. Una copa de coñac puede ser una buena acompañante en las tardes de charla y estudio en la mesa camilla, por citar un ejemplo.

La comida también cambia de estructura. Predominan los guisos más fuertes, calientes y acorde con la estación. Grasas, picante y platos llenos de tradición cubren las mesas en este otoño. El típico cocido, las buenas judías blancas y varios guisos aderezados con ajo cuentan en otoño e invierno con un tiempo ideal para hacerse los reyes de la mesa. Una mesa franqueada por la calefacción o que, en otro caso, mantiene el braserito debajo de ella. Es época de cambio.

Emilio JIMENEZ